

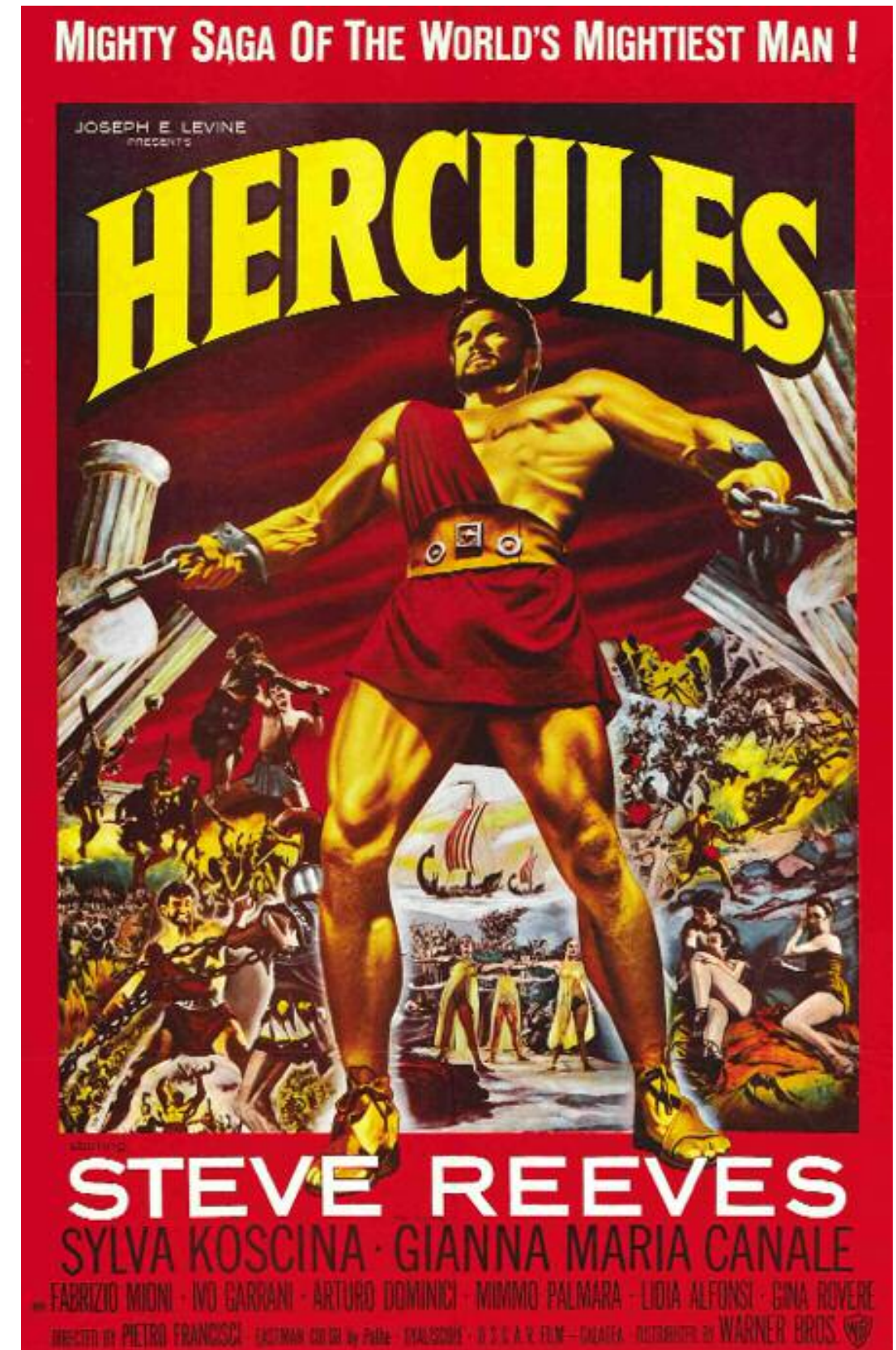
El *homo œconomicus* como monstruo antropológico: variaciones sobre la sociología francesa y la teoría de la acción

POR FEDERICO LORENC VALCARCE

Investigador adjunto del CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani y profesor en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Obtuvo su licenciatura en Sociología por la UBA en 1998 y su doctorado en Ciencia Política por la Universidad de París 1 Panthéon-Sorbonne en 2007. Especialista en teoría sociológica, sociología política y sociología económica, trabaja actualmente sobre las élites coercitivas del Estado, los nuevos paradigmas en el campo de la seguridad y el rol de los grupos profesionales en las políticas públicas. Ha publicado los libros *La crisis de la política en la Argentina* (Ediciones de la Flor, 1998), *Tras la huella de los clásicos* (Suarez, 2010, en coautoría) y *La sécurité privée en Argentine: entre surveillance et marché* (Karthala, 2011). Dirige actualmente el proyecto UBACyT "Derecho, justicia y magistratura: sociología de un poder del Estado" (2013-2015).

Actor, persona, sujeto, agente, y quizás algunas otras más que en este momento no logro evocar, son palabras que las ciencias sociales han utilizado para nombrar al ser humano que interviene en el mundo. Ninguna de ellas es ajena al lenguaje ordinario, aunque todas han tenido una historia más o menos ilustre en el mundo de la filosofía, la literatura y el arte, una historia que precede al momento en que emerge la pretensión de un discurso científico sobre el hombre. Resulta imprescindible considerar que cada una de estas palabras —y los conceptos que con ellas se asocian— inaugura una visión particular del individuo: quien hace la acción, quien desempeña un papel, quien es puesto debajo, quien moviliza algo.

No voy a deconstruir ninguno de estos términos. Tampoco voy a incurrir en recorridos enciclopédicos, menos aún en estériles distinciones y jerarquizaciones que supondrían asumir una perspectiva exterior a aquello que se trata de establecer en términos de sus usos sociológicos. Lo que intentaré en estas páginas es, simplemente, reconstruir el modo en que la sociología —en particular, la sociología francesa— ha concebido la naturaleza del comportamiento humano, y la polémica que eso supuso con las visiones alternativas construidas inicialmente por la ciencia económica clásica, luego por las teorías de la elección racional. En primer lugar, daremos cuenta de la teoría de la práctica que Pierre ▶



“El *homo œconomicus* tal como lo concibe (de manera tácita o explícita) la ortodoxia económica es una especie de monstruo antropológico: este ser práctico con cabeza de teórico encarna la forma por excelencia de la falacia escolástica, error intelectualista o intelectualo-céntrico, muy común en las ciencias sociales (sobre todo en lingüística y etnología), por medio de la cual el científico coloca en la cabeza de los agentes que estudia, amasa de casa u hogares, empresas o empresarios, etcétera, las consideraciones y las construcciones teóricas que ha debido elaborar para dar cuenta de sus prácticas” (Bourdieu, 2000: 256).

Esta afirmación abre diversas líneas para la elaboración de una teoría de la acción. En primer lugar, la divergencia entre la lógica de la práctica —la actividad económica— y la lógica de la lógica —en particular, la perspectiva teórica de las ciencias sociales y humanas. En segundo lugar, la posibilidad de que exista en el mundo real un tipo de agente —y, con ello, una forma de acción— que escape total o parcialmente al modelo utilitarista que postula la ciencia económica ortodoxa. Frente al primer asunto, se impone un cuestionamiento de la relación entre la teoría de la acción y su objeto; frente al segundo, el problema se desplaza hacia el irrealismo del *homo œconomicus* construido por los economistas, y la necesidad de considerar los aspectos históricos y sociales de la acción.

En lo atinente a la relación entre la teoría y su objeto, la doctrina del *homo œconomicus* es una de esas ilusiones escolásticas que “lleva al científico a poner su pensamiento pensante en la cabeza de los actores actuantes” (Bourdieu, 2000: 19). Quienes se consagran a las ciencias sociales, y quienes hacen del trabajo intelectual su medio de existencia, tienden a proyectar sus propios modos de razonar y de operar sobre una realidad que se rige por otros principios. En el caso de la teoría de la acción, se construye un modelo coherente, sistemático, racional del comportamiento humano que —siendo inicialmente una herramienta para facilitar la comprensión— termina por convertirse en un *dato* al cual se atribuye realidad histórica. Lo que se olvida es que, para que la vida siga su curso, las personas deben adaptarse, improvisar, interpretar, ajustarse a las situaciones, desplegando actividades gobernadas por un conocimiento práctico del juego y de sus reglas. Un agente que se orientase en función de una racionalidad única, universal y omnipresente, sería incapaz de realizar los fines prácticos que le impone la vida.

Por lo tanto, afirma Bourdieu, “hay que reconocerle a la práctica una lógica que no es la lógica para evitar pedirle más lógica de la que puede dar y así condenarse

BOURDIEU AFIRMA QUE CONTRA LA VISIÓN AHISTÓRICA DE LA CIENCIA ECONÓMICA, HAY QUE RECONSTRUIR LA GÉNESIS DE LAS DISPOSICIONES ECONÓMICAS DEL AGENTE ECONÓMICO Y, ESPECIALMENTE, SUS GUSTOS, SUS NECESIDADES, SUS PROPENSIONES Y SUS APTITUDES (PARA EL CÁLCULO, EL AHORRO O EL TRABAJO MISMO).

Estas afirmaciones procuran romper con el intelectualismo que tiende a proyectar sobre los agentes los propios esquemas mentales del analista. Debe reconocerse el carácter específico de la práctica: “el subjetivismo universaliza la experiencia que el sujeto del discurso docto hace de sí mismo en cuanto sujeto” (Bourdieu, 1980: 74). Ahora bien, la acción no es producto de una intención, mucho menos de un cálculo o de la persecución consciente de fines, sino de disposiciones interiorizadas, propensiones e inclinaciones socialmente fabricadas que operan automáticamente en cada situación.

Así, Bourdieu procura desarrollar una teoría de la acción que supere la falsa oposición entre subjetivismo y objetivismo, entre finalismo y mecanicismo, entre fenomenología y estructuralismo, proponiendo una sociología reflexiva de la práctica. De este modo, procura evitar tanto el voluntarismo de una teoría intencional de la acción como el determinismo de una concepción puramente estructuralista: “hay una *economía de las prácticas*, vale decir una razón inmanente a las prácticas, que no encuentra su ‘origen’ ni en las ‘decisiones’ de la razón como cálculo consciente ni en las determinaciones de mecanismos exteriores y superiores a los agentes” (Bourdieu, 1980: 82). Ahora bien, a diferencia de los autores que comentan y relacionan textos, o resuelven en abstracto los problemas eternos de la acción humana, Bourdieu considera que la superación de las falsas antinomias sociológicas se da en una empresa investigativa que es a la vez teórica y empírica.

Pasemos ahora al segundo aspecto del problema que he señalado más arriba. En relación con el carácter poco realista de la visión del agente que ofrece la teoría del *homo œconomicus*, Bourdieu afirma que “contra la visión ahistórica de la ciencia económica, hay que reconstruir la génesis de las disposiciones económicas del agente económico y, especialmente, sus gustos, sus necesidades, sus propensiones y sus aptitudes (para el cálculo, el ahorro o el trabajo mismo)” (Bourdieu, 2000: 16). En las primeras investigaciones realizadas en Argelia, Bourdieu introdujo la noción de “disposiciones” —que luego se sistematizaría en el concepto de *habitus*— como una solución teórica “para dar cuenta de las prácticas de hombres y mujeres que se vieron arrojados en un cosmos económico extraño y extranjero, importado e impuesto por la colonización, con un equipamiento cultural y disposiciones, económicas sobre todo, adquiridos en un universo precapitalista” (Bourdieu, 2000: 11-12).

Siguiendo este razonamiento, se puede concluir que existen diversos modos de actuar en el mundo económico. En las sociedades no-capitalistas, la racionalidad que se atribuye a los actores en el mercado tiene un papel secundario frente a otros principios tales como el parentesco, la reciprocidad o el honor. De hecho, tal como lo

- Bourdieu elabora contra las pretensiones de las teorías intencionales de la acción, luego veremos el modo en que autores anteriores y posteriores han realizado operaciones análogas.

BOURDIEU, EL *HOMO ŒCONOMICUS* Y LA LÓGICA DE LA PRÁCTICA

En diferentes trabajos publicados desde comienzos de los años 1970, Pierre Bourdieu desarrolla elementos para una teoría de la acción que tratan de subsanar dos dificultades diferentes pero complementarias: en primer lugar, qué tipo de relación establece el analista —y, por lo tanto, sus categorías de análisis— con el objeto del que procura dar cuenta; en segundo lugar, qué tipo de concepción de la acción podemos construir en el marco de esta relación problemática entre el investigador y el actor constituido en objeto del pensamiento sociológico.

Para abordar estas cuestiones, quizás sea apropiado comenzar presentando la afirmación que da título y objeto al presente artículo:

► habían sostenido autores clásicos desde Marx hasta Mauss, el tipo de comportamiento que la economía política clásica considera universal responde a condiciones históricas y sociales determinadas. Las investigaciones de Bourdieu en Argelia muestran lo trabajoso que es construir un *habitus* económico que se adapte a nuevas estructuras económicas y que un nuevo orden económico debe crear esas “subjetividades” que no encuentra ya constituidas y disponibles. En ese sentido, la noción de *habitus* como objetividad incorporada, históricamente construida, supera gran parte de las dificultades planteadas por la teoría del actor racional. Por lo demás, la concepción de la acción que no es válida para la economía mercantil, menos habría de serlo para otras esferas de la vida social.

Sin embargo, la crítica del utilitarismo y de la teoría de la acción racional no supone afirmar que los agentes no sean interesados, o que su comportamiento no sea razonable. Sólo niega la idea de una racionalidad calculada, intencional y consciente; y rechaza la reducción del interés al mero interés económico. La noción de interés, liberada de su carga economicista, es decir, abstraída del mero “interés monetario”, muestra que las personas se comprometen en la acción, “se interesan” en lugar de permanecer indiferentes. Les importa lo que pasa, participan, invierten. Así, la noción de interés permite romper con una visión encantada, maravillada, engañosa de los comportamientos humanos que supone aceptar al altruismo —hoy diríamos la “solidaridad”— como base de las prácticas sociales.

LA CRÍTICA DEL *HOMO ÆCONOMICUS* COMO CONSTANTE SOCIOLOGICA

La sociología ha sido siempre crítica de la concepción ortodoxa que la ciencia económica ha elaborado sobre el comportamiento humano. En autores clásicos como Marx y Durkheim, el *homo Æconomicus* aparece como una figura del individuo aislado que sólo puede existir en un tipo particular de agrupamiento humano: la sociedad moderna, industrial, capitalista. Pero no puede aceptarse su carácter universal. Sólo bajo ciertas condiciones los agentes se comportan de manera racional en un marco de relaciones económicas puras.

Variaciones posteriores de esta cuestión han puesto incluso en cuestión la validez de esta concepción para las sociedades actuales, incluso para la propia esfera económica. Al considerar particularmente la perspectiva francesa, dejaré de lado argumentos análogos que pueden encontrarse en la ciencia social anglosajona: por ejemplo, la concepción de la acción económica enraizada de Granovetter (1985) que comparte puntos salientes con la visión de Bourdieu, o la visión de la acción económica fundada en un cálculo distribuido de Mackenzie (2009) que ha sido elaborada en diálogo con los trabajos de Bruno Latour y Michel Callon.

Marcel Mauss fue uno de los primeros sociólogos en señalar los límites de la concepción del *homo Æconomicus*. Su argumento era un corolario de la crítica de la economía política clásica y del contractualismo desarrollada por su maestro Émile Durkheim. Era crucial también en el desarrollo de su concepción de la economía no moderna.

En su clásico ensayo sobre el don, Mauss analiza las formas primitivas de intercambio para dar cuenta del origen mismo de la institución del mercado, mostrando su carácter inseparablemente económico y mágico-religioso. Para Mauss, las categorías fundamentales de la organización económica y del pensamiento económico son el producto de una lenta evolución que tiene su origen en formas primitivas de la economía en las que los hechos están entremezclados. Las transacciones económicas son allí indiferenciables de vínculos sociales más amplios entre grupos que “lo que intercambian no son exclusivamente bienes o riquezas, muebles e inmuebles, cosas útiles económicamente; son sobre todo gentilezas, festines, ritos, servicios militares, mujeres, niños, danzas, ferias en las que el mercado solo ocupa uno de los momentos” (Mauss, 1923: 160).

LA NOCIÓN DE INTERÉS, LIBERADA DE SU CARGA ECONOMICISTA, ES DECIR, ABSTRAÍDA DEL MERO “INTERÉS MONETARIO”, MUESTRA QUE LAS PERSONAS SE COMPROMETEN EN LA ACCIÓN, “SE INTERESAN” EN LUGAR DE PERMANECER INDIFERENTES. LES IMPORTA LO QUE PASA, PARTICIPAN, INVIERTEN. ASÍ, LA NOCIÓN DE INTERÉS PERMITE ROMPER CON UNA VISIÓN ENCANTADA, MARAVILLADA, ENGAÑOSA DE LOS COMPORTAMIENTOS HUMANOS QUE SUPONE ACEPTAR AL ALTRUISMO —HOY DIRÍAMOS LA “SOLIDARIDAD”— COMO BASE DE LAS PRÁCTICAS SOCIALES.

EN AUTORES CLÁSICOS COMO MARX Y DURKHEIM, EL *HOMO ÆCONOMICUS* APARECE COMO UNA FIGURA DEL INDIVIDUO AISLADO QUE SÓLO PUEDE EXISTIR EN UN TIPO PARTICULAR DE AGRUPAMIENTO HUMANO: LA SOCIEDAD MODERNA, INDUSTRIAL, CAPITALISTA. PERO NO PUEDE ACEPTARSE SU CARÁCTER UNIVERSAL. SÓLO BAJO CIERTAS CONDICIONES LOS AGENTES SE COMPORTAN DE MANERA RACIONAL EN UN MARCO DE RELACIONES ECONÓMICAS PURAS.

Ahora bien, lejos de tratarse de un conjunto de principios sepultados y superados por el surgimiento de la esfera económica purificada, esta moral tiene vigencia en un conjunto de instituciones sociales contemporáneas. Y esa esfera económica autónoma está todo el tiempo sujeta a las presiones e influencias de diversas formas de reciprocidad. “Hay una serie inmensa de instituciones y de acontecimientos económicos que no están dirigidos por el racionalismo económico [...] Son nuestras sociedades occidentales las que han hecho, muy recientemente, del hombre un ‘animal económico’, pero todavía no somos todos hombres de este tipo” (Mauss, 1923: 256-7). Por lo tanto, el *homo Æconomicus* no es nuestro pasado sino nuestro porvenir. Y si este tipo de subjetividad humana se vuelve posible, es porque poco a poco los intercambios económicos se van autonomizando de sus fundamentos mágico-religiosos y dejan de poner en juego la distribución del poder en la sociedad.

Sin embargo, “esta moral y esta economía actúan todavía en nuestras sociedades [y constituyen] uno de los bloques sobre los que se levanta nuestra sociedad [...] Una parte importante de nuestra moral y de nuestra vida se ha estacionado en esa misma atmósfera, mezcla de dones, obligaciones y de libertad” (Mauss, 1923: 158, 246). La “moral del don” no sólo está en la raíz de nuestra economía diferenciada y de instituciones como el mercado, la moneda y el crédito, sino que sobrevive en prácticas tales como la hospitalidad, las invitaciones y las ayudas sociales.

Por lo tanto, el análisis de la diferenciación de una esfera mercantil en la que el *homo Æconomicus* se constituye es tanto un logro evolutivo como un proceso incompleto y reversible. Así lo muestra, por ejemplo, la planificación estatal y la protección social, la economía solidaria, las formas diversas de circulación de los bienes y del dinero en nuestra propia sociedad. Ninguna de estas actividades se rige por el cálculo y la racionalidad puramente económica.

En cierta manera, Mauss es tanto un continuador de las perspectivas clásicas de Durkheim y Marx como un precursor de las visiones más recientes de Bourdieu y Granovetter. Todos insisten sobre el carácter socialmente construido del agente económico, y sobre los límites que enfrenta el despliegue de una pura racionalidad económica. En su crítica radical de toda esta sociología “convencional”, la teoría del actor-red desarrollada por Bruno Latour y Michel Callon ofrece una mirada aún más extrañada de los postulados de la ciencia económica ortodoxa.

Para Callon, la capacidad de calcular no es una cualidad de los individuos. No hay, como piensa la economía clásica, individuos racionales con la capacidad intrínseca para fijar preferencias y maximizar beneficios. Pero la capacidad de calcular no es tampoco un hecho social y culturalmente determinado como creen los sociólogos ordinarios. No hay estructuras sociales que favorecen el cálculo y la acción racional, mientras otras favorecen el desinterés y el altruismo. El cálculo es una práctica colectiva compleja: “para volverse calculadoras, las agencias necesitan estar equipadas. Pero este equipamiento no está completamente contenido en el cerebro de los seres humanos ni tampoco en los marcos socioculturales ni en sus instituciones” (Callon, 1998: 16). Tanto la visión naturalista de la economía clásica como la visión constructivista de la sociología deben ser desechadas. No cabe concebir a la racionalidad calculante como un logro social y cultural, pero tampoco como una facultad intrínseca del agente: para poder calcular, los agentes deben estar equipados con dispositivos materiales y cognitivos determinados.

Para entrar en el marco del cálculo, los agentes y bienes involucrados deben ser desenredados y enmarcados. Se establece una frontera precisa y clara entre lo que se tiene en cuenta y lo que queda fuera. Por ejemplo, los super-

materiales y cognoscitivos. Para poder calcular, los agentes deben estar equipados. Y la ciencia económica, con su concepción antropológica del *homo oeconomicus*, no describe sino que fabrica la realidad.

PALABRAS FINALES

La manera en que la sociología concibe al individuo, su relación con los otros y con el mundo objetivo, constituye uno de los aspectos más singulares de su aporte a la comprensión de los asuntos humanos. Hay una amplia variedad de teorías de la acción, y otras tantas concepciones de qué características definen al ser humano que actúa. Desde las concepciones de un individuo socialmente moldeado y condicionado, común a la tradición objetivista de Marx y Durkheim, hasta las visiones del individuo como capaz de afirmarse y producir una diferencia, común a la sociología interpretativa de Weber y Simmel, y la tradición interaccionista de Mead y Blumer.

Lo que comparten estas tradiciones es su común rechazo a pensar al individuo como una entidad aislada, asocial y ajena a la historia. El individuo es siempre moldeado por condiciones sociales particulares, y debe actuar en circunstancias exteriores que no elige ni puede manejar a su arbitrio. No puede aceptarse que exista una "esencia del hombre", anterior a la historia e independiente de las condiciones sociales en las cuales se realiza. En la medida en que es algo más que un individuo biológico, el hombre es un ser social.

Además de negar la posibilidad de concebir al individuo de manera intemporal y absoluta, la tradición sociológica rechaza la existencia de una forma única y universal de acción: la "elección racional" de los mejores

▶ mercados y los mercados financieros establecen un marco que incluye a ciertos bienes, excluye a otros y permite de ese modo el cálculo. Esta lista finita, este espacio recortado, es una condición de la calculabilidad. La calificación y el posicionamiento son operaciones permanentes en el mercado que permiten el cálculo (Callon y Muniesa, 2005). Así, el mercado puede existir porque un conjunto de agentes y bienes son definidos, disociados, separados, desconectados, es decir enmarcados. Ahora bien, cualquier marco está necesariamente sujeto a desbordes. Lo que ha sido mercantilizado puede ser desmercantilizado; las cosas que han sido desenredadas pueden volver a enredarse. Los marcos son los que permiten organizar las relaciones económicas como mercados. Formas de saber como la contabilidad, el marketing y la teoría económica contribuyen a crear la economía que dicen describir: "las ciencias económicas, en el amplio sentido del término, realizan, dan forma y estructuran la economía más que observar cómo funciona" (Callon, 1998: 12). Las ciencias económicas tienen un rol fundamental en el formateo de las agencias de cálculo: "más allá de los elementos materiales, procedimentales, legales y monetarios que facilitan el enmarcado y la construcción del espacio de cálculo, hay un elemento que es capital: la teoría económica misma" (Callon, 1998: 33).

En síntesis, Callon rechaza tanto la idea esencialista del individuo calculante como la visión sociológica de una construcción social y cultural de la racionalidad de la acción. Desde su perspectiva, la capacidad de cálculo está distribuida en dispositivos que tienen componentes

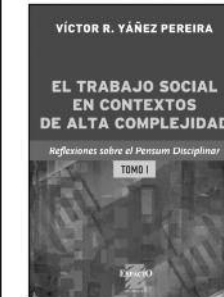
**EL HOMO OECOMICUS NO
ES NUESTRO PASADO SINO NUESTRO
PORVENIR. Y SI ESTE TIPO
DE SUBJETIVIDAD HUMANA SE VUELVE
POSIBLE, ES PORQUE POCO A POCO
LOS INTERCAMBIOS ECONÓMICOS
SE VAN AUTONOMIZANDO DE SUS
FUNDAMENTOS MÁGICO-RELIGIOSOS
Y DEJAN DE PONER EN JUEGO
LA DISTRIBUCIÓN DEL PODER EN
LA SOCIEDAD.**

medios para lograr ciertos fines no puede ser sino una de las modalidades posibles de la acción. Hay autores que aceptan efectivamente que los actores sean seres racionales que sopesan las herramientas y vías disponibles para obtener un fin determinado, minimizando los costos y maximizando los beneficios. Max Weber aludía a esta configuración del comportamiento humano con el tipo ideal de "acción racional con arreglo a fines". Pero había otros tipos de acción, en los que los individuos se orientaban por mandatos, tradiciones y pasiones. Y estos tipos no constituyen meras categorías residuales, sino formas frecuentes y cruciales del hacer humano. Eso es lo que no perciben todas las teorías que reducen los comportamientos a la unidad, y particularmente la que reduce la acción al cálculo y la maximización. •

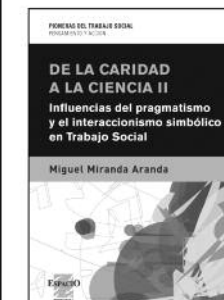
Bibliografía

- Bourdieu, Pierre (1977). *Algérie 60. Structures économiques et structures temporelles*. París, Minuit, 1997.
- Bourdieu, Pierre (1980). *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- Bourdieu, Pierre (2000). *Les structures sociales de l'économie*. París, Seuil.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc (1992). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Bourdieu, Pierre (1994). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama, 1997.
- Callon, Michel (1998). "Los mercados y la performatividad de las ciencias económicas", en *Apuntes de Investigación del CECyP*, N° 14, 2008.
- Callon, Michel y Muniesa, Fabian (2005). "Economic markets as calculative collective devices", en *Organization Studies*, N° 26, 2005.
- Granovetter, Mark (1985). "Acción económica y estructura social: el problema de la incrustación", en Félix Requena Santos (comp.). *Análisis de redes sociales: orígenes, teorías y aplicaciones*. Madrid, Alianza, 2003.
- Latour, Bruno (2006). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires, Manantial, 2008.
- Mackenzie, Donald (2009). *Material markets: how economic agents are constructed*. Oxford, Oxford University Press.
- Mauss, Marcel (1923). "Ensayo sobre los dones. Motivos y formas de intercambio en las sociedades primitivas", en *Sociología y Antropología*, Madrid, Tecnos.

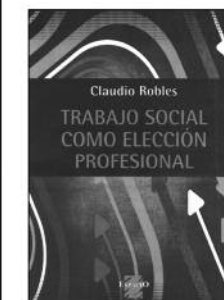
ESPACIO EDITORIAL 2013 NOVEDADES



El Trabajo Social en contextos de alta complejidad
Reflexiones sobre el Pensum Disciplinar
VICTOR R. YAÑEZ PEREIRA



De la caridad a la ciencia II
Influencias del pragmatismo y el interaccionismo simbólico en Trabajo Social
MIGUEL MIRANDA ARANDA



Trabajo Social como elección profesional
CLAUDIO ROBLES



Hacia una intervención profesional crítica en Trabajo Social
M. LORENA MOLINA M.

Tel.: (011) 4331-1945
E-mail: espacioedit@ciudad.com.ar
www.espacioeditorial.com.ar

VISITENOS EN FACEBOOK